

José Miguel Vicuña (1)

Cantiga



QUANTAS cosas yo temo querer decirte
ahora
de mi mundo interior que me es desconocido.
Mi voz entrecortada no sabe del venero
pequeño y caluroso propicio a mi deseo.

En busca de la fórmula sagrada que contenga
mi corazón terrible y mis manos cruzadas,
sombra sola, me interno, vaga, nocturna sombra,
por bosques insondables, por sótanos untuosos.

Dame paz, digo al árbol dormido ¡Mas en vano!
Insisto ante su turbia presencia temblorosa.
Torno el ruego a la húmeda, muda y húmeda piedra.
No. Su llanto es terrible, sereno. ¡Madre, dime!

(1) «Atenea» al publicar estos poemas da a conocer un nuevo valor de la poesía chilena. José Miguel Vicuña es muy joven y estos primeros frutos de su creación dan la idea de una personalidad original y honda en su expresión.

ACTITUD

(Para mi hija Gregoria)

I

¡Atrás, tala sombría,
cultuales manos áridas,
podadores intertes,
emociones cortadas!

Vuelva del alba pura,
como el rocío, santa,
la savia que enardezca
mis páginas calladas.

Renazcan en la noche
de mi sed controlada
los brotes, los retoños,
las horas degolladas.

Sortilegio del día,
lomas, brumas moradas,
decir lo que he sentido,
carne, cansancio, calma.

Besar, saber que el beso
es la forma más alta,
blanda flor, ¡oh, caricia!
¡oh, carne desolada!

Más allá, clara forma,
carne marchita y árida,
muerte insidiosa, muerte
perezosa, cansada.

II

Más allá de la noche,
de la muerte y del acto,
más allá, clara forma,
mundo torcido, páramo;

más allá de tocarte,
pan, superficie, labio,
de alargar el recuerdo
de tu amado contacto,

reincidir, ¡oh, miseria!
sol de lentos estragos,
reincidir para siempre,
muerte, carne, cansancio.

SIN MUERTE

Como huyendo de mí,
cuando, secas las aguas,
en el último abismo,
las células exhalen
su quebrada madera,

y en la arena del mundo
la piedra calcinada,
polvo, grieta sedienta,
duro calcio, resbale.

Como huyendo, y trayéndome,
y buscando guardarme
sin mí, sin mi palabra,
con sólo mi pasado,
mi pasado que se abre
lento paso en la bruma
desde la nebulosa
primera hacia el mañana,
—ciega ruta rebelde
desde siglos remotos
de encadenado tiempo
sometida al amparo—
memoria de la noche,
con sólo mi pasado,
sin muerte, como huyendo.

Como huyendo del hueso
que cae al polvo arado,
cartílagos de nadie
en la tierra medida,
me llevas, niño mío,
alga y sombra en el surco
y en el viento presagio,
me llevas, como huyéndome,
niño mío que naces.

CUENTO

Padece todo lo que arroba, crece:
crece en el orbe de tu gesto, tenlo,
tenlo, Carmenza, en el espacio ciego.

Yo te otorgo los montes de pantera.
Bosques de sangre. Yo. Alba de incendios.

(Cubrir el corazón de las mujeres
con el atardecer de los espejos).

Aquel día, Carmenza, los presagios.
Protomundo bramando. Protocielo.

Contra el número indiferente
volquemos el océano.
Hay algas y palacios temblorosos,
llanura gris de cabelleras rotas,
violenta espuma.

¿Oyes?

Padece todo lo que arroba, crece:
crece en tumulto, en voces, en silencios.

Deja que rice el almidón de Toro,
la capuchita azul de tus abuelas.
(Apolilladas borlas,
secas golillas tiasas
quémanse al fuego de tu polvo lento).

Aquel día, Carmenza, cuánto baile
de Satanás y el viento entre los pétalos,
de sombras, de fantasmas
en los detritus viejos,
de Satanás y el corazón ansiosos
en el musgo y el humus de los huesos!

Porque gimen las piedras en los pozos
cuando pasa la noche
con tu rostro sin tiempo.

Porque las piedras gimen en los pozos
cuando pasan las horas sin proverbio,
yo me metí a buscarte entre las larvas,
en la carcoma de pesado aliento,
entre la brizna fría de los átomos
que del liquen deshecho va cayendo.

Apegado a esa tierra de fosfatos
todavía te bebo.

Tomas mi corazón entre los dedos
secos de arena.

No bendices.

En tu masa de pelo hay una tumba de besos.

¿Cómo sacar el aire,
o meterlo,
si yo no sé por qué
me estoy muriendo?

(¡Carmenza...!)